

de Álvaro Cunqueiro, a quien tiempo después conocí, y con quien tuve ocasión de charlar una noche, junto con un grupo de alumnos y profesores. Me interesó mucho, y me marcó mucho, y el personaje no me decepcionó.

—*Un periodista escribió de usted que le gusta relamerse en las palabras, seleccionarlas con cuidado, con mimo, casi.*

Creo que soy un escritor que hice, por circunstancias de la vida, y hasta por los cuidados paternos y de magisterio de mis profesores, un buen aprendizaje del mundo verbal, un buen acopio de conocimiento de las palabras a través de la lectura. Fui, ya he contado, un temprano lector de clásicos, no sólo los latinos y griegos y el Siglo de Oro, sino de otras literaturas, sobre todo de la gran literatura francesa, rusa e italiana, y no tardé mucho en leer a Faulkner, y este aprendizaje verbal me parece, sin remisión, la materia de la escritura. Soy un convencido de que algo se puede contar sólo si se encuentran las palabras precisas para hacerlo, de que la construcción de un universo imaginario sólo se puede conseguir plenamente cuando se encuentran las palabras que ese universo pide. Y ahí hay un trabajo de labor, tampoco de orfebrería ni delectación en la belleza, sino de exactitud en la expresividad. Y es algo que me ha interesado mucho, estoy convencido de que la lengua se aprende en la vida, y en los grandes escritores y en la tradición literaria a la que perteneces.

—*A todo este mundo de palabras, recuerdos y sustancia literaria dedicó su discurso de ingreso en la Academia. Pero yo lo que recuerdo es el calor tremendo que hacía, y lo que sufrimos por usted.*

Sí, pasé un calor terrible y estuve haciendo uso continuo de un pañuelo, porque sentía a lo largo de mi cuerpo ese goteo que temía que me hiciera perder concentración. Hablamos a veces entre los académicos de la experiencia del calor, y es que verte allí con el frac no deja de ser una situación peculiar, mezcla de responsabilidad, compromiso y de nervios contenidos, y sí, se puede muy bien sudar la gota gorda.

—*Una curiosidad tonta, ¿a la Academia se va vestido de casa, o les habilitan alguna salita para cambiarse?*

No, vas vestido de casa, como los toreros. Recuerdo que cuando ingresó Cela citó a los medios de comunicación en su casa, y se vistió delante de ellos. Y nada, vas para allí dispuesto a leer el discurso, sabiendo que vas a encontrar un cariñoso recibimiento y muestras de aprecio. Y yo ese día me sentí muy arropado por muchísima gente que quieres, gente que viene de tu tierra, de tu trabajo, los amigos que has acumulado a lo largo del tiempo, tengo un recuerdo muy cálido de aquel día.

—*En su literatura tienen mucha importancia los cuadernos, y los títulos.*

Si, soy muy *cuadernista*, y trabajo mucho las anotaciones que van desvelando la historia. Y respecto del título, yo tengo la idea de que, al menos en mi caso, es un elemento crucial de la historia que voy a escribir. Tanto, que es prácticamente imposible que empiece a escribir un libro o un cuento sin tener un título. Y esto es así porque el título denota o sugiere la idea poética de la historia: la pequeña novela que estoy escribiendo ahora se titula *La gloria de los niños*, y sé que la siguiente que escriba se va a titular *Príncipes del olvido*, y que hay otra que está todavía en los cuadernos, que no tiene muchas anotaciones, pero que cuando salga se titulará *Los frutos de la niebla*. De algún modo, en mi caso, la historia arranca siempre del hallazgo del título.

—*¿Qué se puede contar ya de Sabino Ordás? (Ordás es un escritor imaginario, un heterónimo tras el que se esconde un trío de escritores amigos, Mateo, Aparicio y Merino, que le han dado sustancia literaria.)*

Lo que se puede contar es que Sabino se nos acerca a los cien años, y es un personaje que todavía ejerce como un símbolo del compromiso de la amistad de tres escritores que han llevado derroteros personales diferentes, pero que siempre tienen la memoria común de una aventura personal compartida. Y nada, es un personaje lúcido, Ordás, lleno de vieja sabiduría, un poco gruñón, un poco cazurro pero que mantuvo una cierta lucidez de lo que es la literatura, de lo que es la ficción.

—*Creo que de los autógrafos se encarga Merino, ¿no?*

Sí, Merino ha sido el que se ha encargado tradicionalmente de la vertiente autográfica de Sabino, y Aparicio es el que conserva la pinacoteca.

—*Espero que no le hayan dejado a usted el álbum de fotos.*

Yo soy menos urraca que ellos y en la herencia de Sabino me siento sumado a ellos. En todo caso, el álbum es complicado, sí.

—*Hace unos meses, coincidiendo con la ola de frío, leí su libro Fantasmas del invierno, y por un momento tuve la sensación de que toda aquella nieve había salido del libro. Fue muy extraño.*

Yo tenía una vieja deuda, desde hace mucho tiempo quería escribir una novela sobre la posguerra, y estaba en esta sensación de que nuestra guerra civil tiene ya todas las recreaciones posibles. La guerra ha sido fuente de una épica especial, y ha tenido tal vez que ver con ese sustrato terrible de toda guerra civil, la aureola de las grandes tragedias. Y sin embargo, siempre he tenido la sensación de que la posguerra pertenece más al secreto del sumario, al olvido, a ese tiempo de desgracia, de silencio, que esconde un material literario innegable. Yo quería contar eso, no desde una perspectiva testimonial, sino desde una pretensión más legendaria. Quería contar un cuento de miedo: es un largo invierno, en una ciudad de provincias que se va enterrando en la nieve, donde bajan los lobos, donde parece que es imposible vivir, donde la gente duerme mal, con remordimientos... Hay un hospicio también, donde está guarecido lo más desabrigado, lo más triste y patético que son los niños de la orfandad, los niños del desamparo. Y en esa ciudad turbia a la que está volviendo el invierno, donde de pronto aparecen cadáveres degollados, y no se sabe si los lobos se han desmandado, hay un crimen en el hospicio, a un niño le han clavado un cuchillo, y la novela gira alrededor de esa investigación en la que impera el silencio y muchos secretos que se van desvelando de una manera un tanto inquietante. Y hay una atmósfera de frío, nieve, el frío en el alma, no es una novela fácil, puede ser muy obsesiva.

—*Casi ha conseguido asustarme...*

Ya le he contado que es un cuento de miedo.

—*Tres últimas cosas, tal vez de carácter menor, si me permite, espero que no triviales. Parece que de pequeño jugaba a conducir coches, y que de mayor nunca ha conducido.*

Sí, es verdad. La primera idea del viaje se produjo en mi caso en un coche de línea, y para mí siempre tuvo esa enorme fascinación de la ventanilla por la que pasa el mundo, por la que haces el descubrimiento de la lejanía: los paisajes, la gente que sube, los extraños. Los coches de línea en los que yo me movía eran unas aguerridas gabarras de posguerra que subían los puertos con unas dificultades enormes, y yo tenía a mi favor que uno de los puntos fundamentales del viaje, entre León y Villablino, era La Magdalena, el pueblo de mis padres, donde vivían mis abuelos y donde había un bar famosísimo que era la parada y que era de la familia de mis abuelos maternos. Allí comían o cenaban los conductores, de modo que yo era un niño privilegiado que jugaba con la cartera del cobrador, y que me movía mucho con los conductores en las cabinas, y en la mecánica, y tanto tanto me dediqué a conducir en la imaginación, que dejé de conducir en la realidad. Y me hace gracia porque en algunas de mis novelas hay coches que funcionan y a veces me dicen que cómo puedo saber tanto de coches yo que no conduzco, y es que ciertamente tengo un perfecto aprendizaje de la conducción, siquiera imaginaria. Ocurre que en estas cuestiones prácticas la experiencia de la imaginación es fatal para la realidad.

*—Otro tema que me ha resultado curioso, no sé si es la palabra adecuada, es su facilidad declarada para traspapelar manuscritos, se cuenta que ha perdido hasta seis.*

Es verdad que he perdido papeles, pero no he tenido ningún extravío irremediable. Del que más me conduele es de un cuaderno donde había demasiadas anotaciones; lo perdí en un avión. Lo que tengo es, dado mi desorden, una propensión enorme a perder trozos de novela y cosas que uno está escribiendo, y que pierdo a veces en el propio espacio interior de la casa. No es la primera vez que tengo que invertir un tiempo verdaderamente preocupante en buscar por casa una novela que empecé a escribir, que guardé y que no encuentro. Y creo que esto tiene que ver con la obsesión de la literatura y la especie de sentimiento de liberación absoluta que sientes al terminar algo. Está mal ser urraca, pero no ser nada urraca es también malo, nunca guardo nada, me resisto a ordenar, y a veces he sufrido grandes angustias buscando algo que yo sabía que tenía y que he tardado mucho en encontrar. Ahora con el ordenador todo esto tiene mucha menos importancia, puedes imaginar.

—Y acabamos, si le parece, con otra pregunta de enjundia, ¿Mateo es nombre o apellido?

Es nombre. Mateo me lo pusieron porque nació el día de San Mateo, y por tanto Luis Mateo es nombre compuesto. Es Luis Mateo Díez Rodríguez, lo que pasa es que por ese juego, Mateo apellido, Mateo nombre, es cada vez más apellido que nombre. En todo caso, mis amigos más cercanos me han llamado siempre Mateo.



Marcelo Piñeyro: *Kamchatka* (2002)